



**Latitud 27**

**Revista de artes y ciencias sociales**

Universidad Nacional de Santiago del Estero

Nº 1, Invierno 2022, Santiago del Estero, Argentina

<https://latitud27.unse.edu.ar>

**Homero**

**ODISEA**

CANTO XI

**DESCENSO AL HADES**

<sup>1</sup> »En llegando á la nave y al divino mar, echamos en el agua la negra embarcación, izamos el mástil y descogimos el velamen; cargamos luego las reses, y por fin nos embarcamos nosotros, muy tristes y vertiendo copiosas lágrimas. Por detrás de la nave de azulada proa soplaba favorable viento, que hinchaba las velas; buen compañero que nos mandó Circe, la de lindas trenzas, deidad poderosa, dotada de voz. Colocados cada uno de los aparejos en su sitio, nos sentamos en la nave. Á ésta conducíanla el viento y el piloto, y durante el día fué andando á velas desplegadas, hasta que se puso el sol y las tinieblas ocuparon todos los caminos.

<sup>13</sup> »Entonces arribamos á los confines del Océano, de profunda corriente. Allí están el pueblo y la ciudad de los Cimerios entre nieblas y nubes, sin que jamás el Sol resplandeciente los ilumine con sus rayos, ni cuando sube al cielo estrellado, ni cuando vuelve del cielo á la tierra, pues una noche perniciosa se extiende sobre los míseros mortales. Á tal paraje fué nuestro bajel, que sacamos á la playa; y nosotros, asiendo las ovejas, anduvimos á lo largo de la corriente del Océano hasta llegar al sitio que nos indicara Circe.

<sup>23</sup> »Allí Perimedes y Euríloco sostuvieron las víctimas y yo, desenvainando la aguda espada que cabe al muslo llevaba, abrí un hoyo de un codo por lado; hice alrededor del mismo una libación á todos los muertos, primeramente con aguamiel, luego con dulce vino y á la tercera vez con agua; y lo polvoreé todo de blanca harina. Acto seguido supliqué con fervor á las inanes cabezas de los muertos, y voté que, cuando llegara á Ítaca, les sacrificaría en el palacio una vaca no paridera, la mejor que hubiese, y que en su obsequio llenaría la pira de cosas excelentes, y también que á Tiresias le inmolaría aparte un carnero completamente negro que descollase entre nuestros rebaños. Después de haber rogado con votos y súplicas al pueblo de los difuntos, tomé las reses, las degollé encima del hoyo, corrió la negra sangre y al instante se congregaron, saliendo del Érebo, las almas de los fallecidos: mujeres jóvenes, mancebos, ancianos que en otro tiempo padecieron muchos males, tiernas doncellas con el ánimo angustiado por reciente pesar, y muchos varones que habían muerto en la guerra, heridos por bronceas lanzas, y mostraban ensangrentadas armaduras: agitábanse todas con grandísimo clamoreo alrededor del hoyo, unas por un lado y otras por otro; y, al verlas, enseñoreóse de mí el pálido terror. Incontinenti exhorté á los compañeros y les di orden de que desollaran las reses, tomándolas del suelo donde yacían degolladas por el cruel bronce, y las quemaran inmediatamente, haciendo votos al poderoso Plutón y á la veneranda Proserpina; y yo, desenvainando la aguda espada que cabe al muslo llevaba, me senté y no permití que las inanes cabezas de los muertos se acercaran á la sangre antes que hubiese interrogado á Tiresias.

<sup>51</sup> »La primer alma que vino fué la de Elpénor, el cual aún no había recibido sepultura en la tierra inmensa; que dejamos su cuerpo en la mansión de Circe sin enterrarlo ni llorarlo porque nos apremiaban otros trabajos. Al verlo lloré, le compadecí en mi corazón, y, hablándole, le dije estas aladas palabras:

<sup>57</sup> «¡Oh Elpénor! ¿Cómo viniste á estas tinieblas caliginosas? Tú has llegado á pie, antes que yo en la negra nave.»

<sup>59</sup> »Así le hablé; y él, dando un suspiro, me respondió con estas palabras: «¡Laertiada, de jovial linaje! ¡Ulises, fecundo en recursos! Dañáronme la mala voluntad de algún dios y el exceso de vino. Habiéndome acostado en la mansión de Circe, no pensé en volver atrás, á fin de bajar por la larga escalera, y caí desde el techo; se me rompieron las vértebras del cuello, y mi alma descendió al Orco. Ahora te suplico en nombre de los que se quedaron en tu casa y no están presentes,—de tu esposa, de tu padre, que te crió cuando eras niño, y de Telémaco, el único vástago que dejaste en el palacio:—sé que, partiendo de acá, de la morada de Plutón, detendrás la bien construída nave en la isla Eea; pues yo te ruego, oh rey, que al llegar á la misma te acuerdes de mí. No te vayas, dejando mi cuerpo sin llorarle ni enterrarle, á fin de que no excite contra ti la cólera de los dioses; por el contrario, quema mi cadáver con las armas de que me servía y erígeme un túmulo en la ribera del espumoso mar, para que de este hombre desgraciado tengan noticia los venideros. Hazlo así y clava en el túmulo aquel remo con que, estando vivo, bogaba yo con mis compañeros.»

<sup>79</sup> »Tales fueron sus palabras; y le respondí diciendo: «Todo lo haré, oh infeliz, todo te lo llevaré á cumplimiento.»

<sup>81</sup> »De tal suerte, sentados ambos, nos decíamos estas tristes razones: yo tenía la espada levantada sobre la sangre; y mi compañero, desde la parte opuesta, hablaba largamente.

<sup>84</sup> »Vino luego el alma de mi difunta madre Anticlea, hija del magnánimo Autólico; á la cual dejara yo viva cuando partí para la sagrada Ilión. Lloré al verla, compadeciéndola en mi corazón; mas con todo eso, á pesar de sentirme muy afligido, no permití que se acercara á la sangre antes de interrogar á Tiresias.

<sup>90</sup> »Vino después el alma de Tiresias, el tebano, que empuñaba áureo cetro. Conocióme, y me habló de esta manera:

<sup>92</sup> «¡Laertiada, de jovial linaje! ¡Ulises, fecundo en recursos! ¿Por qué, oh infeliz, has dejado la luz del sol y vienes á ver á los muertos y esta región desapacible? Apártate del hoyo y retira la aguda espada, para que, bebiendo sangre, te revele la verdad de lo que quieras.»

<sup>97</sup> »Tal dijo. Me aparté y metí en la vaina la espada guarnecida de argénteos clavos. El eximio vate bebió la negra sangre, y hablóme al punto con estas palabras:

<sup>100</sup> «Buscas la dulce vuelta, preclaro Ulises, y un dios te la hará difícil; pues no creo que le pases inadvertido al que sacude la tierra, quien te guarda rencor en su corazón, porque se irritó cuando le cegaste el hijo. Pero aún llegaríais á la patria, después de padecer trabajos, si quisieras contener tu ánimo y el de tus compañeros así que ancles la bien construída embarcación en la isla Trinacria, escapando del violáceo ponto, y halléis paciendo las vacas y las



¿POR QUÉ, OH INFELIZ, DEJASTE LA LUZ DEL SOL Y VIENES Á VER Á LOS MUERTOS Y ESTA REGIÓN DESAPACIBLE?

*Canto XI, versos 93 y 94.)*

pingües ovejas del sol, que todo lo ve y todo lo oye. Si las dejares indemnes, ocupándote tan sólo en preparar tu vuelta, aún llegaríais á Ítaca, después de soportar muchas fatigas; pero, si les causares daño, desde ahora te anuncio la perdición de la nave y la de tus amigos. Y aunque tú te libres, llegarás tarde y mal, habiendo perdido todos los compañeros, en nave ajena, y hallarás en tu palacio otra plaga: unos hombres soberbios, que se comen tus bienes y pretenden á tu divinal consorte, á la cual ofrecen regalos de bodas. Tú, en llegando, vengarás sus demasías. Mas, luego que en tu mansión hayas dado muerte á los pretendientes, ya con astucia, ya cara á cara con el agudo bronce, toma un manejable remo y anda hasta que llegues á aquellos hombres que nunca vieron el mar, ni comen manjares sazonados con sal, ni conocen las naves de encarnadas proas, ni tienen noticia de los manejables remos que son como las alas de los buques. Para ello te diré una señal muy manifiesta, que no te pasará inadvertida. Cuando encuentres otro caminante y te dijere que llevas un aventador sobre el gallardo hombro, clava en tierra el manejable remo, haz al soberano Neptuno hermosos sacrificios de un carnero, un toro y un verraco, y vuelve á tu casa, donde sacrificarás sagradas hecatombes á las deidades que poseen el anchuroso cielo, á todas por su orden. Te vendrá más adelante y lejos del mar, una muy suave muerte, que te quitará la vida cuando ya estés abrumado por placentera vejez; y á tu alrededor los ciudadanos serán dichosos. Cuanto te digo es cierto.»

<sup>138</sup> »Así se expresó; y yo le respondí: «¡Tiresias! Esas cosas decretáronlas sin duda los propios dioses. Mas, ea, habla y responde sinceramente. Veo el alma de mi difunta madre, que está silenciosa junto á la sangre, sin que se atreva á mirar frente á frente á su hijo ni á dirigirle la voz. Dime, oh rey, cómo podrá reconocermé.»

<sup>145</sup> »Así le hablé; y al punto me contestó diciendo: «Con unas sencillas palabras que pronuncie te lo haré entender. Aquel de los difuntos á quien permitieres que se acerque á la sangre, te dará noticias ciertas; aquel á quien se lo negares, se volverá en seguida.»

<sup>150</sup> »Diciendo así, el alma del rey Tiresias se fué á la morada de Plutón apenas hubo proferido los oráculos. Mas yo me estuve quedo hasta que vino mi madre y bebió la negra sangre. Reconocióme en el acto y díjome entre sollozos estas aladas palabras:

<sup>155</sup> «¡Hijo mío! ¿Cómo has bajado en vida á esta obscuridad tenebrosa? Difícil es que los vivientes puedan contemplar estos lugares, separados como están por grandes ríos, por impetuosas corrientes y, antes que todo, por el Océano, que no se puede atravesar á pie sino en una nave bien construída. ¿Vienes acaso de Troya, después de vagar mucho tiempo con la nave y los amigos? ¿Aún no llegaste á Ítaca, ni viste á tu mujer en el palacio?»

<sup>163</sup> »Tal dijo; y yo le respondí de esta suerte: «¡Madre mía! La necesidad me trajo á la morada de Plutón, á consultar el alma de Tiresias el tebano; pero aún no me acerqué á la Acaya, ni entré en mi tierra, pues voy errante y padeciendo desgracias desde el punto que seguí al divino Agamenón hasta Ilión, la de hermosos corceles, para combatir con los troyanos. Mas, ea, habla y responde sinceramente: ¿Qué hado de la aterradora muerte te hizo sucumbir? ¿Fué una larga enfermedad, ó Diana, que se complace en tirar flechas, te mató con sus suaves tiros? Háblame de mi padre y del hijo que dejé, y cuéntame si mi dignidad real la conservan ellos ó la tiene algún otro varón, porque se figuran que ya no he de volver. Revélame también la voluntad y el pensamiento de mi legítima esposa: si vive con mi hijo y todo lo guarda y mantiene en pie, ó ya se casó con el mejor de los aqueos.»

<sup>180</sup> »Así le hablé; y respondiome en seguida mi veneranda madre: «Aquella continúa en tu palacio, con el ánimo afligido, y pasa los días y las noches tristemente, llorando sin cesar. Nadie posee aún tu hermosa autoridad real: Telémaco cultiva en paz tus heredades y asiste á decorosos banquetes, como debe hacerlo el varón que administra justicia, pues todos le convidan. Tu padre se queda en el campo, sin bajar á la ciudad, y no tiene lecho, ni cama, ni mantas, ni colchas espléndidas: sino que en el invierno duerme entre los esclavos de la casa, en la ceniza, junto al hogar, llevando miserables vestiduras; y, no bien llega el verano y el fructífero otoño, se le ponen por todas partes, en la fértil viña humildes lechos de hojas secas, donde yace afligido y acrecienta sus penas deplorando tu suerte, además de sufrir las molestias de la senectud á que ha llegado. Así morí yo también, cumpliendo mi destino: ni la que con certera vista se complace en arrojar saetas, me hirió con sus suaves tiros en el palacio, ni me acometió enfermedad alguna de las que se llevan el vigor de los miembros por una odiosa consunción; antes bien la soledad que de ti sentía y el recuerdo de tus cuidados y de tu ternura, preclaro Ulises, me privaron de la dulce vida.»

<sup>204</sup> »De tal modo se expresó. Quise entonces realizar el propósito, que formara en mi espíritu, de abrazar el alma de mi difunta madre. Tres veces me acerqué á ella, pues el ánimo incitábame á abrazarla; tres veces se me fué volando de entre las manos como una sombra ó un sueño. Entonces sentí en mi corazón un dolor que iba en aumento, y dije á mi madre estas aladas palabras:

<sup>210</sup> «¡Madre mía! ¿Por qué huyes cuando á ti me acerco, ansioso de asirte, á fin de que en la misma morada de Plutón nos echemos en brazos el uno del otro y nos saciemos de triste llanto? ¿Por ventura enviome esta vana imagen la ilustre Proserpina, para que se acrecienten mis lamentos y suspiros?»

<sup>215</sup> »Así le dije; y al momento me contestó la veneranda madre: «¡Ay de mí, hijo mío, el más desgraciado de todos los hombres! No te engaña Proserpina, hija de Júpiter, sino que esta es la condición de los mortales cuando fallecen: los nervios ya no mantienen unidos la carne y los huesos, pues los consume la viva fuerza de las ardientes llamas tan pronto como la vida desampara la blanca osamenta; y el alma se va volando, como un sueño. Mas, procura volver lo antes posible á la luz y sabe todas estas cosas para que luego las refieras á tu consorte.»

<sup>225</sup> »Mientras así conversábamos, vinieron—enviadas por la ilustre Proserpina—cuantas mujeres fueron esposas ó hijas de eximios varones. Reuniéronse en tropel alrededor de la negra sangre, y yo pensaba de qué modo podría interrogarlas por separado. Al fin parecióme que la mejor resolución sería la siguiente: desenvainé la espada de larga punta que llevaba al lado del muslo y no permití que bebieran á un

tiempo la denegrada sangre. Entonces se fueron acercando sucesivamente, me declararon su respectivo linaje, y á todas les hice preguntas.

<sup>235</sup> »La primera que vi fué Tiro, de ilustre nacimiento, la cual manifestó que era hija del insigne Salmoneo y esposa de Creteo Eólida. Habíase enamorado de un río que es el más bello de los que discurren por el orbe, el divinal Enipeo, y frecuentaba los sitios próximos á su hermosa corriente; pero Neptuno, que ciñe y bate la tierra, tomando la figura de Enipeo, se acostó con ella en la desembocadura del vorticoso río. La ola purpúrea, grande como una montaña, se encorvó alrededor de entrambos, y ocultó al dios y á la mujer mortal. Neptuno desatóle á la doncella el virgíneo cinto y le infundió sueño. Mas, tan pronto como hubo realizado sus amorosos deseos, le tomó la mano y le dijo estas palabras: «Huélgate, mujer, con este amor. En el transcurso del año parirás hijos ilustres, que nunca son estériles las uniones de los inmortales. Cuídalos y críalos. Ahora vuelve á tu casa y abstente de nombrarme, pues sólo para ti soy Neptuno, que sacude la tierra.» Cuando esto hubo dicho, sumergióse en el agitado ponto. Tiro quedó encinta y parió á Pelias y á Neleo, que habían de ser esforzados servidores del gran Júpiter; y vivieron Pelias, rico en ganado, en la extensa Yaolco, y Neleo, en la arenosa Pilos. Además, la reina de las mujeres tuvo de Creteo otros hijos: Esón, Feres y Amitaón, que combatía en carro.

<sup>260</sup> »Después vi á Antíope, hija de Asopo, que se gloriaba de haber dormido en brazos de Júpiter. Parió dos hijos—Anfión y Zeto—los primeros que fundaron y torrearon á Tebas, la de las siete puertas; pues no hubiesen podido habitar aquella vasta ciudad desguarnecida de torres, no obstante ser ellos muy esforzados.

<sup>266</sup> »Después vi á Alcmena, esposa de Anfitrión, la cual del abrazo de Júpiter tuvo al fornido Hércules, de corazón de león; y luego parió á Megara, hija del animoso Creonte, que fué la mujer del Anfitriónida, de valor indómito.

<sup>271</sup> »Vi también á la madre de Edipo, la bella Epicasta, que cometió inconscientemente una gran falta, casándose con su hijo; pues éste, luego de matar á su propio padre, la tomó por esposa. No tardaron los dioses en revelar á los hombres lo que había ocurrido: y, con todo, Edipo siguió reinando sobre los cadmeos en la agradable Tebas, por los funestos designios de las deidades; mas ella, abrumada por el dolor, descendió á la morada de Plutón, de sólidas puertas, atando un lazo al elevado techo, y dejóle tantos dolores como causan las Furias de una madre.

<sup>281</sup> »Vi igualmente á la bellísima Cloris—á quien por su hermosura tomara Neleo por esposa, constituyéndole una dote inmensa—hija menor de Anfión Yásida, el que imperaba en Orcómeno Minieo: ésta reinó en Pilos y tuvo de Neleo hijos ilustres: Néstor, Cromio y el arrogante Periclímeno. Parió después á la ilustre Pero, encanto de los mortales, que fué pretendida por todos sus vecinos; mas Neleo se empeñó en no darla sino al que le trajese de Fílax las vacas de retorcidos cuernos y espaciosa frente del robusto Ificlo; empresa difícil de llevar al cabo. Tan sólo un eximio vate prometió traérselas; pero el hado funesto de los dioses, juntamente con unas fuertes cadenas y los boyeros del campo, se lo impidieron. Mas, después que pasaron días y meses y, transcurrido el año, volvieron á sucederse las estaciones, el robusto Ificlo soltó al adivino, que le había revelado todos los oráculos, y cumplióse entonces la voluntad de Júpiter.

<sup>298</sup> »Vi también á Leda, la esposa de Tíndaro, que le parió dos hijos de ánimo esforzado: Cástor, domador de caballos, y Pólux, excelente púgil. Á éstos los mantiene vivos la alma tierra, y son honrados por Júpiter debajo de la misma; de suerte que viven y mueren alternativamente, pues el día que vive el uno muere el otro y viceversa. Ambos disfrutaban de los mismos honores que los númenes.

<sup>305</sup> »Después vi á Ifimedia, esposa de Aloeo, la cual se preciaba de haberse ayuntado con Neptuno. Había dado á luz dos hijos de corta vida: Oto, igual á un dios, y el celeberrimo Efiates; que fueron los mayores hombres que criara la fértil tierra y los más gallardos, si se exceptúa el ínclito Orión, pues á los nueve años tenían nueve

codos de ancho y nueve brazas de estatura. Oto y Efiates amenazaron á los inmortales del Olimpo con llevarles el tumulto de la impetuosa guerra. Quisieron poner el Osa sobre el Olimpo, y encima del Osa el frondoso Peli6n, para que el cielo les fuese accesible. Y dieran fin á su prop6sito, si hubiesen llegado á la flor de la juventud; pero el hijo de J6piter, á quien pari6 Latona, la de hermosa cabellera, extermin6los á entrambos antes que el vello floreciese debajo de sus sienes y su barba se cubriera de suaves pelos.

<sup>321</sup> »Vi á Fedra, á Procris y á la hermosa Ariadna, hija del prudente Minos, que Teseo se llev6 de Creta al feraz territorio de la sagrada Atenas; mas no pudo lograrla, porque Diana la mat6 en D6a, situada en medio de las olas, por la acusaci6n de Baco.

<sup>326</sup> »Vi á Mera, á Cl6mene y á la odiosa Erifile que acept6 el preciado oro para traicionar á su marido. Y no pudiera decir ni nombrar todas las mujeres é hijas de h6roes que vi despu6s, porque antes llegara á su t6rmino la divinal noche. Mas ya es hora de dormir, sea yendo á la velera nave donde est6n los compa6eros, sea permaneciendo aqu6. Y cuidar6n de acompa6arme á mi patria los dioses, y tambi6n vosotros.»

<sup>333</sup> Tal fu6 lo que cont6 Ulises. Enmudecieron los oyentes en el obscuro palacio, y quedaron silenciosos, arrobados por el placer de oirle. Pero Arete, la de los n6veos brazos, rompi6 el silencio y les dijo:

<sup>336</sup> «iFeacios! ¿Qu6 os parece este hombre por su aspecto, estatura y sereno juicio? Es mi hu6sped, pero de semejante honra particip6is todos. Por tanto, no apresur6is su partida; ni le escatim6is las d6divas, ya que se halla en la necesidad y existen en vuestros palacios tama6as riquezas, por la voluntad de los dioses.»

<sup>342</sup> Entonces el anciano h6roe Equeneo, que era el de m6s edad de los feacios, habl6les de esta suerte:

<sup>344</sup> «iAmigos! Nada nos ha dicho la sensata reina que no sea á prop6sito y conveniente. Obedecedla, pues; aunque Alc6noo es quien puede, con sus palabras y obras, dar el ejemplo.»

<sup>347</sup> Alc6noo le contest6 de esta manera: «Se cumplir6 lo que dec6is en cuanto yo viva y reine sobre los feacios, amantes de manejar los remos. El hu6sped, mas que est6 deseoso de volver á su patria, res6gnese á permanecer aqu6 hasta ma6ana, á fin de que le prepare todos los regalos. Y de su partida se cuidar6n todos los varones y principalmente yo, cuyo es el mando en este pueblo.»

<sup>354</sup> El ingenioso Ulises respondi6le diciendo: «iRey Alc6noo, el m6s esclarecido de todos los ciudadanos! Si me mandarais permanecer aqu6 un a6o entero y durante el mismo dispusierais mi vuelta y me hicierais espl6ndidos presentes, me quedar6 de muy buena gana; pues fuera mejor llegar á la patria con las manos llenas y verme as6 m6s honrado y querido de cuantos hombres presenciasen mi tornada á Itaca.»

<sup>362</sup> Entonces Alc6noo le contest6, habl6ndole de esta guisa: «iOh Ulises! Al verte no sospechamos que seas un impostor ni un embustero, como otros muchos que cr6a la obscura tierra; los cuales, dispersos por doquier, forjan mentiras que nadie lograra descubrir: t6 das belleza á las palabras, tienes excelente ingenio é hiciste la narraci6n con tanta habilidad como un aedo, cont6ndonos los deplorables trabajos de todos los argivos y de ti mismo. Mas, ea, habla y dime sinceramente si viste á algunos de los deiformes amigos que te acompa6aron á Ili6n y all6 recibieron la fatal muerte. La noche es muy larga, inmensa, y a6n no lleg6 la hora de recogerse en el palacio. Cu6ntame, pues, esas haza6as admirables; que yo me quedar6 hasta la divinal aurora, si te decidieras á referirme en esta sala tus desventuras.»

<sup>377</sup> Respondi6le el ingenioso Ulises: «iRey Alc6noo, el m6s esclarecido de todos los ciudadanos! Hay horas oportunas para largos relatos y horas destinadas al sue6o; mas si tienes todav6a voluntad de escucharme, no me niego á referirte otros hechos a6n m6s miserandos: los infortunios de mis compa6eros que, despu6s de haber

escapado de la luctuosa guerra de los teucros, murieron al volver á su patria porque así lo quiso una mujer perversa.

<sup>385</sup> »Después que la casta Proserpina hubo dispersado acá y allá las almas de las mujeres, presentóse muy angustiada la de Agamenón Atrida; á cuyo alrededor se congregaban las de cuantos en la mansión de Egisto perecieron con el héroe, cumpliendo su destino. Reconocióme así que bebió la negra sangre y al punto comenzó á llorar ruidosamente: derramaba copiosas lágrimas y me tendía las manos con el deseo de abrazarme; mas ya no disfrutaba del firme vigor, ni de la fortaleza que antes tenía en los flexibles miembros. Al verlo lloré, y, compadeciéndole en mi corazón, le dije estas aladas palabras:

<sup>397</sup> «¡Atrida gloriosísimo, rey de hombres Agamenón! ¿Qué fatal especie de la aterradora muerte te ha hecho sucumbir? ¿Acaso Neptuno te mató en tus naves, desencadenando el fuerte soplo de terribles vientos, ó unos hombres enemigos acabaron contigo en la tierra firme, porque te llevabas sus bueyes y sus hermosos rebaños de ovejas ó porque combatías para apoderarte de su ciudad y de sus mujeres?»

<sup>404</sup> »Así le dije; y me respondió en seguida: «¡Laertíada de jovial linaje! ¡Ulises, fecundo en recursos! Ni Neptuno me mató en las naves, desencadenando el fuerte soplo de terribles vientos, ni hombres enemigos acabaron conmigo en la tierra firme; fué Egisto quien me preparó la muerte y el hado, pues, de acuerdo con mi funesta esposa, me llamó á su casa, me dió de comer y me quitó la vida como se mata á un buey junto al pesebre. Morí de este modo, padeciendo deplorable muerte; y á mi alrededor fueron asesinados mis compañeros, unos en pos de otros, como en la casa de un hombre rico y poderosísimo son degollados los puercos de albos dientes para una comida de bodas, un festín á escote, ó un banquete espléndido. Ya has presenciado la matanza de un tropel de hombres que son muertos aisladamente en el duro combate; pero hubieras sentido la mayor compasión al contemplar aquel espectáculo, al ver cómo yacíamos en la sala alrededor de la cratera y de las mesas llenas, y cómo el suelo manaba sangre por todos lados. Oí la misérrima voz de Casandra, hija de Príamo, á la cual estaba matando, junto á mí, la dolosa Clitemnestra; y yo, en tierra y moribundo, alzaba los brazos para asirle la espada. Mas la sin vergüenza fué luego, sin que se dignara bajarme los párpados ni cerrarme la boca, aunque me veía descender á la morada de Plutón. Así es que nada hay tan horrible é impudente como la mujer que concibe en su espíritu propósitos como el de aquélla, que cometió la inicua acción de tramar la muerte contra su esposo legítimo. Figurábame que, al tornar á mi casa, se alegrarían de verme mis hijos y mis esclavos; pero aquélla, hábil más que otra alguna en cometer maldades, cubrióse de infamia á sí misma y hasta á las mujeres que han de nacer, por virtuosas que fueren.»

<sup>435</sup> »Así se expresó; y le contesté diciendo: «¡Oh dioses! En verdad que el longividente Júpiter aborreció de extraordinaria manera la estirpe de Atreo, ya desde sus orígenes, á causa de la perfidia de las mujeres: por Helena nos perdimos muchos, y Clitemnestra te preparó una celada mientras te hallabas ausente.»

<sup>440</sup> »Así le hablé; y en seguida me respondió: «Por tanto, jamás seas benévolo con tu mujer ni le descubras todo lo que pienses; antes bien, particípale unas cosas y ocúltale otras. Mas á ti, oh Ulises, no te vendrá la muerte por culpa de tu mujer, porque la prudente Penélope, hija de Icarío, es muy sensata y sus propósitos son razonables. La dejamos recién casada al partir para la guerra y daba el pecho á su hijo, infante todavía; el cual debe de contarse ahora, feliz y dichoso, en el número de los hombres. Y su padre, volviendo á la patria, le verá; y él abrazará á su padre, como es justo. Pero mi esposa no dejó que me saciara contemplando con estos ojos al mío, ya que previno con darme la muerte. Otra cosa voy á decir que pondrás en tu corazón: al tomar puerto en la patria tierra, hazlo ocultamente y no á la descubierta, pues ya no hay que fiar en las mujeres. Mas, ea, habla y dime sinceramente si oíste que mi hijo vive en Orcómeno, ó en la arenosa Pilos ó quizás

con Menelao en la extensa Esparta; pues el divinal Orestes aún no ha desaparecido de la tierra.»

<sup>462</sup> »De esta suerte habló; y le respondí diciendo: «¡Oh Atrida! ¿Por qué me haces tal pregunta? Ignoro si aquél vive ó ha muerto, y es malo hablar inútilmente.»

<sup>465</sup> »Mientras nosotros estábamos afligidos, diciéndonos tan tristes razones y derramando copiosas lágrimas, vinieron las almas de Aquiles, hijo de Peleo, de Patroclo, del irreprochable Antíloco y de Ajax, que fué el más excelente de todos los dánaos en cuerpo y hermosura, después del eximio Pelida. Reconocióme el alma del Eácida, el de los pies ligeros, y lamentándose me dijo estas aladas palabras:

<sup>473</sup> «¡Laertiáda, de jovial linaje! ¡Ulises, fecundo en recursos! ¡Desdichado! ¿Qué otra empresa mayor que las pasadas revuelves en tu espíritu? ¿Cómo te atreves á bajar al Orco donde residen los muertos, que están privados de sentido y son imágenes de los hombres que ya fallecieron?»

<sup>477</sup> »Así se expresó; y le respondí diciendo: «¡Oh Aquiles, hijo de Peleo, el más valiente de los aquivos! Vine por el oráculo de Tiresias, por si me diese algún consejo para llegar á la escabrosa Ítaca; que aún no me acerqué á la Acaya, ni entré en mi tierra, sino que padezco infortunios continuamente. Pero tú, oh Aquiles, eres el más dichoso de todos los hombres que nacieron y han de nacer, puesto que antes, cuando vivías, los argivos te honrábamos como á una deidad, y ahora, estando aquí, imperas poderosamente sobre los difuntos. Por lo cual, oh Aquiles, no has de entristecerte porque estés muerto.»

<sup>487</sup> »Así le dije; y me contestó en seguida: «No intentes consolarme de la muerte, esclarecido Ulises: preferiría ser labrador y servir á otro, á un hombre indigente que tuviera pocos recursos para mantenerse, á reinar sobre todos los muertos. Mas, ea, háblame de mi ilustre hijo: dime si fué á la guerra para ser el primero en las batallas, ó se quedó en casa. Cuéntame también si oíste algo del eximio Peleo y si conserva la dignidad real entre los numerosos mirmidones, ó le menosprecian en la Hélade y en Ptía porque la senectud debilitó sus pies y sus manos. ¡Así pudiera valerle, á los rayos del sol, siendo yo cual era en la vasta Troya, cuando mataba guerreros muy fuertes, combatiendo por los argivos! Si, siendo tal, volviese, aunque por breve tiempo, á la casa de mi padre, daríales terrible prueba de mi valor y de mis invictas manos á cuantos le hagan violencia ó intenten quitarle la dignidad regia.»

<sup>504</sup> »Así habló; y le contesté diciendo: «Nada ciertamente he sabido del irreprochable Peleo; mas de tu hijo Neoptólemo te diré toda la verdad, como lo mandas, pues yo mismo lo llevé, en una cóncava y bien proporcionada nave, desde Esciro al campamento de los aqueos, de hermosas grebas. Cuando teníamos consejo en los alrededores de la ciudad de Troya, hablaba siempre antes que ninguno y sin errar; y de ordinario tan sólo el divino Néstor y yo le aventajábamos. Mas, cuando peleábamos con las broncíneas armas en la llanura de los troyanos, nunca se quedaba entre muchos guerreros ni en la turba; sino que se adelantaba á toda prisa un buen espacio, no cediendo á nadie en valor, y mataba á gran número de hombres en el terrible combate. Yo no pudiera decir ni nombrar á cuantos guerreros dió muerte, luchando por los argivos; pero referiré que mató con el bronce á un varón como el héroe Eurípilo Teléfida, en torno del cual fueron muertos muchos de sus compañeros ceteos á causa de los presentes que se habían enviado á una mujer. Aún no he conseguido ver un hombre más gallardo, fuera del divinal Memnón. Y cuando los más valientes argivos penetramos en el caballo que fabricó Epeo y á mí se me confió todo (así el abrir como el cerrar la sólida emboscada), los caudillos y príncipes de los dánaos se enjugaban las lágrimas y les temblaban los miembros; pero nunca vi con estos ojos que á él se le mudara el color de la linda faz, ni que se secara las lágrimas de las mejillas: sino que me suplicaba con insistencia que le dejase salir del caballo, y acariciaba el puño de la espada y la lanza que el bronce hacía ponderosa, meditando males contra los teucros. Y así que devastamos la excelsa ciudad de Príamo y hubo recibido su parte de botín y además una señalada recompensa, embarcóse sano y

salvo, sin que le hubiesen herido con el agudo bronce ni de cerca ni de lejos, como ocurre frecuentemente en las batallas, pues Marte se enfurece contra todos sin distinción alguna.»

<sup>538</sup> »Así le dije; y el alma del Eácida, el de pies ligeros, se fué á buen paso por la pradera de asfódelos, gozosa de que le hubiese participado que su hijo era insigne.

<sup>541</sup> »Las otras almas de los muertos se quedaron aún y nos refirieron, muy tristes, sus respectivas cuitas. Sólo el alma de Ajax Telamonio permanecía algo distante, enojada porque le vencí en el juicio que se celebrara cerca de las naves para adjudicar las armas de Aquiles; juicio propuesto por la veneranda madre del héroe y fallado por los teucros y por Palas Minerva. ¡Ojalá no le hubiese vencido en el mismo! Por tales armas guarda la tierra en su seno una cabeza cual la de Ajax; quien, por su gallardía y sus proezas, descollaba entre los dánaos después del irreprochable Pelida. Mas entonces le dije con suaves palabras:

<sup>553</sup> «¡Oh Ajax, hijo del egregio Telamón! ¿No debías, ni aun después de muerto, deponer la cólera que contra mí concebiste con motivo de las perniciosas armas? Los dioses las convirtieron en una plaga contra los argivos, ya que pereciste tú que tal baluarte eras para todos. Á los aqueos nos ha dejado tu muerte constantemente afligidos, tanto como la del Pelida Aquiles. Mas nadie tuvo culpa sino Júpiter que, en su grande odio contra los belicosos dánaos, te impuso semejante destino. Ea, ven aquí, oh rey, á escuchar mis palabras; y reprime tu ira y tu corazón valeroso.»

<sup>563</sup> »Así le hablé; pero nada me respondió y se fué hacia el Érebo á juntarse con las otras almas de los difuntos. Desde allí quizás me hubiese dicho algo, aunque estaba irritado, ó por lo menos yo á él, pero en mi pecho incitábame el corazón á ver las almas de los demás muertos.

<sup>568</sup> »Allí vi á Minos, ilustre vástago de Jove, sentado y empuñando áureo cetro, pues administraba justicia á los difuntos. Éstos, unos sentados y otros en pie á su alrededor, exponían sus causas al soberano en la morada, de anchas puertas, de Plutón.

<sup>572</sup> »Vi después al gigantesco Orión, el cual perseguía por la pradera de asfódelos las fieras que antes matara en las solitarias montañas, manejando irrompible clava toda de bronce.

<sup>576</sup> »Vi también á Ticio, el hijo de la augusta Tierra, echado en el suelo, donde ocupaba nueve yugadas. Dos buitres, uno á cada lado, le roían el hígado, penetrando con el pico en sus entrañas, sin que pudiera rechazarlos con las manos; porque intentó hacer fuerza á Latona, la gloriosa consorte de Júpiter, que se encaminaba á Pito á través de la amena Panopeo.

<sup>582</sup> »Vi asimismo á Tántalo, el cual padecía crueles tormentos, de pie en un lago cuya agua le llegaba á la barba. Tenía sed y no conseguía tomar el agua y beber: cuantas veces se bajaba el anciano con la intención de beber, otras tantas desaparecía el agua absorbida por la tierra; la cual se mostraba negruzca en torno á sus pies y un dios la secaba. Encima de él colgaban las frutas de altos árboles,—perales, manzanos de espléndidas pomas, higueras y verdes olivos;—y cuando el viejo levantaba los brazos para cogerlas, el viento se las llevaba á las sombrías nubes.

<sup>593</sup> »Vi de igual modo á Sísifo, el cual padecía duros trabajos empujando con entrambas manos una enorme piedra. Forcejaba con los pies y las manos é iba conduciendo la piedra hacia la cumbre de un monte; pero, cuando ya le faltaba poco para doblarla, una fuerza poderosa hacía retroceder la insolente piedra que caía rodando á la llanura. Tornaba entonces á empujarla, haciendo fuerza, y el sudor le corría de los miembros y el polvo se levantaba sobre su cabeza.

<sup>601</sup> »Vi después al fornido Hércules ó, por mejor decir, su imagen; pues él está con los inmortales dioses, se deleita en sus banquetes, y tiene por esposa á Hebe, la de los pies hermosos, hija de Júpiter y de Juno, la de las áureas sandalias. En

contorno suyo dejábase oír la gritería de los muertos—cual si fueran aves—que huían espantados á todas partes; y Hércules, semejante á tenebrosa noche, llevaba desnudo el arco con la flecha sobre la cuerda, y volvía los ojos atrozmente como si fuese á disparar. Llevaba alrededor del pecho un tahalí de oro, de horrenda vista, en el cual se habían labrado obras admirables: osos, agrestes jabalíes, leones de relucientes ojos, luchas, combates, matanzas y homicidios. Ni el mismo que con su arte construyó aquel tahalí, hubiera podido hacer otro igual. Reconocióme Hércules, apenas me vió con sus ojos, y lamentándose me dijo estas aladas palabras:

<sup>617</sup> «¡Laertíada, de jovial linaje! ¡Ulises, fecundo en recursos! ¡Ah mísero! Sin duda te persigue algún hado funesto, como el que yo sufría mientras me alumbraban los rayos del sol. Aunque era hijo de Júpiter Saturnio, hube de padecer males sin cuento por encontrarme sometido á un hombre muy inferior que me ordenaba penosos trabajos. Una vez me envió aquí para que sacara el can, figurándose que ningún otro trabajo sería más difícil; y yo me lo llevé y lo saqué del Orco, guiado por Mercurio y por Minerva, la de los brillantes ojos.»

<sup>627</sup> »Cuando así hubo dicho, volvió á internarse en la morada de Plutón; y yo me quedé inmóvil, por si viniera algún héroe de los que murieron anteriormente. Y hubiese visto á los hombres antiguos á quienes deseaba conocer (á Teseo y á Pirítoo, hijos gloriosos de las deidades); pero congregóse, antes que llegaran, un sinnúmero de difuntos con gritería inmensa y el pálido terror se apoderó de mí, temiendo que la ilustre Proserpina no me enviase del Orco la cabeza de la Gorgona, horrendo monstruo. Volví en seguida al bajel y ordené á mis compañeros que subieran al mismo y desatasen las amarras. Embarcáronse acto continuo y se sentaron en los bancos. Y la onda de la corriente llevaba nuestra embarcación por el río Océano, empujada al principio por el remo y más tarde por próspero viento.

*Traducción de Luis Segalá y Estalella*

---